CASCARILLA

(CUENTO ECUATORIANO)

POR

HUGO MUÑOZ GARCIA

El sol decrecía y se hundía tras las montañas. Soplaba el viento, acariciandó las ramas y jugando con las hojas caídas. El canto interminable de los animales de monte rasgaba la monotonía del espacio.

Por una pequeña trocha bajaban hacia el camino cinco hombres cargados hasta más no poder. Con los machetes en la diestra hicieron su aparición en Cashaurco, campamento cascarillero al sur de Baños.

Habían salido a la madrugada, y dando las cinco de la tarde iniciaban el regreso.

En llegando, una voz ronca ordenó a los peones que descargaran y se dispusieran a pesar.

—Vos, Lorenzo—dijo al más joven—, trae la romana, y vos, Manuel, ayuda a descargar.

—En seguida, patrón—dijeron a una sola voz los aludidos.

Mientras se realizaba esta operación, que tenía por objeto ver la cantidad de cascarilla que traía cada uno de los peones para ponerlo en sus cuentas, Luis Alzamora, un joven robusto, tomó una guitarra en sus manos y se dispuso a cantar. No bien principió a rasgarla cuando oyó el mandato de su patrón:

—Ve vos, pedazo de escarabajo, ¿qué has creído, que se te paga para que no hagas nada?

—Estaba descansando no más, patrón.

—Levántate inmediatamente, y cuidado con responderme.

—Está bien, patrón.

Como un solo hombre, los peones se pusieron al trabajo de la pesada. El sol había bajado completamente y las sombras acababan de cubrir con su manto el firmamento.

Serían las siete de la noche cuando se retiraron de su trabajo. Se disponían a marcharse hacia la casa del campamento cuando de nuevo les habló el patrón:

—Ya saben que mañana salen a la misma hora.

—Está bien, patrón—contestaron a coro.

* * *

La casa que les servía de habitación era una choza desmantelada, construída de chonta *y cubierta con hojas de* bijao.

Los peones fueron acomodándose en los lugares de costumbre, dispuestos a conciliar el sueño, pues se encontraban sumamente cansados de la faena que acababa de terminar.

Un pequeño candil dibujaba las siluetas de los hombres en las paredes de la habitación, mientras que los rayos de la luna, contrastando con esa luz tenue, penetraban por las rendijas de las chontas *hacia el interior de la pieza, rompiendo la semioscuridad. Un silencio profundo reinó por un instante. Ni la montaña, que jamás está callada, dejó oír sus intimidades. Parecía que ni el viento corría.*

Transcurrió algún tiempo, y apenas si se pudo percibir el cuchichear de unas voces. Eran Alzamora y Lorenzo Pita los que dialogaban:

—Maldita sea—decía Alzamora—; uno de estos días me caliento y no sé lo que pasa aquí. Ya me tiene el patrón harto de sus majaderías.

—Así es la vida—contestó Lorenzo—. Mientras uno se friega como macho en esa maldita montaña buscando cascarilla, otros son los que ganan. Por cada quintal de cascarilla le pagan al patrón algunos cientos de sucres, mientras que a nosotros nos dan la miseria de unos pocos reales, y todavía nos tratan mal.

—Y ni nos dan comida de gente—repuso el viejo Panta, que había estado atento a la conversación—: camotes *y* chapo, chapo *y* camotes, *he ahí la comida de todos los días.*

—Y sobre eso no nos tienen un poco de consideración. Nos ven como animales.

—Estos señoritos pintiparaos—replicó el viejo Panta—han creído que somos bestias de carga.

Continuaron la conversación por unos minutos más, hasta que Alzamora, tomando a su compañera la guitarra, entonó una canción.

El candil se había apagado, y sólo se alumbraban con los rayos de la luna. Ya no se escuchaba ni la voz ronca del cantor. La habitación era una morgue. Cinco cuerpos estaban tendidos sobre el

piso. Algunos se cubrían con los ponchos de agua que les habían dado y otros lo hacían con la esperanza.

El viento crujía fuertemente, trayendo en sus entrañas el canto de la montaña.

* * *

Siguiendo las órdenes del patrón, los peones se levantaron a las cinco de la mañana. Aún no despuntaba el alba cuando se pusieron en marcha. Tomaron unos costales de yute, el poncho de agua que les sirvió de cobija y el inseparable machete.

Manuel Remberto, un moreno de recia contextura, que conocía la montaña como la palma de la mano, hacía de jefe. Había nacido allí, en el corazón mismo de ella, y por eso sabía sus secretos. Para él, la montaña era su segunda madre. Sus penalidades y sus triunfos eran de ella, como las intimidades y el contenido de ella eran de él. Cuando niño le gustaba explorar la selva, como un científico lo hace con la ciencia. El y la montaña eran una sola cosa. ¡Qué satisfacción sentía al fusionarse con la Naturaleza! ¡Acostarse entre la maleza y dormirse profundamente! Tan profundamente que no sentía ni la espina de la gualanga, *ni el susurrar del viento enfurecido, ni el arrastrarse de las víboras traicioneras.*

* * *

Serían las seis de la mañana cuando dominaron la cuchilla de la montaña.

El sol comenzaba a salir, como una mujer coqueteando tras la ventana. Apenas si sus rayos alcanzaban a iluminar las copas de los matapalos y pambiles.

Los monos, meciéndose con sus colas en las ramas de los árboles, formaban algazara, como un conjunto de niños llorones. Los loros y papagayos comenzaron a revolotear, mientras que las culebras se arrastraban sigilosas por el suelo.

Hicieron una pausa en el camino. Con un pedazo de trapo, que les servía de pañuelo, secaron el sudor que, como hilachas, les caía por el rostro. En un intervalo de descanso habló Remberto:

—Tomemos todo a la derecha y sigamos el cauce del río.

—Quizá a la vuelta de la cuchilla encontremos la veta.

—¡Esta maldita cascarilla, que no asoma ni con varas de San Cipriano!

—Tal vez estamos muy arriba—repuso Lorenzo.

—A lo mejor—asintió el viejo Panta.

El sol acariciaba con más fuerza los cuerpos de estos hombres. Siguieron caminando, guiados por Remberto. La codiciada cascarilla no asomaba.

—Todo a la derecha.

—Quizá a la vuelta de la cuchilla encontremos la veta.

Ilusión de caminantes. Mientras más adelantaban, menos probabilidades tenían de encontrar.

Esta maldita cascarilla, que cura el paludismo, es como niña bonita jugando a escondidas con el que la busca. Cuando por casualidad se encuentra de la buena, está desperdigada. Un árbol por aquí, otro por allá, otro por acullá. ¡Quién no quisiera encontrar una foresta de cascarilla! ¡Ah, qué bueno sería! Desgraciadamente, no es así. Rara es la ocasión en que se encuentran dos árboles juntos. El cascarillo es un árbol huraño, metamorfoseado con los otros árboles. Quien no sea conocedor, muy bien puede confundir un cascarillo con cualquier otra especie de árboles. Es caprichoso. No crece dondequiera. La altura es lo esencial para él. Sus hojas ovaladas y de coloración un tanto rojizas se levantan opulentas desafiando al espacio, mientras que su tronco, como cualquier otro tronco, permanece incógnito en la grandeza de la montaña.

¡Quién podía imaginarse que en tiempo de la guerra hubiera sido más necesario que las municiones mismas!

Decían los gringos *que en el frente del Pacífico se necesitaba más quinina que balas. Por cada cinco soldados muertos, dos, por lo menos, eran de paludismo, y los otros por efectos de la guerra.*

Y ¡cómo había subido el precio! Los norteamericanos perdieron sus existencias en Java, y les urgía ser poseedores de fuertes cantidades de quinina. Era necesario buscarlo en otros lugares, y la Naturaleza nos hizo depositarios de esta gran riqueza. Entonces comenzamos a darnos cuenta de nuestras reservas en cascarilla. Recientemente sabíamos su valor económico. Desgraciadamente, como todo aquello que no se siembra, algún día se acaba; así desaparecerá de nuestras montañas tan útil árbol.

Nunca nos preocupamos de sembrar cascarilla. Nunca tuvimos la idea de trabajar en ella, y sólo nos contentamos con extraerla, silvestre, de nuestras montañas. La cuestión era sacar dinero, y nada más.

* * *

Cantaba el río en medio de la montaña. Traía en su voz notas de oro, de barro, de vidrio. Sus olas, al chocar con las piedras, se levantaban, formando rascacielos.

El manzanillo *y el* cuchirravo, *centinelas de la montaña, estaban siempre alertas. No permitirían que se turbara la tranquilidad de esos parajes con la presencia de aventureros, que venían a usurpar a su damisela.*

Las ranas, humedecidas, lanzaban gritos al paso de los viajeros. La lagartija *y el* lao *se arrastraban, asustados.*

Los peones continuaban caminando.

—Para mí que nos fué mal—dijo el viejo Panta.

—Recórcholis, que ya tengo hambre—contestó Remberto.

—Avancemos hasta el Llushin, y allí almorzaremos—habló Alzamora.

Anda que anda, anda que anda, llegaron al río. Descargaron su pequeño fiambre y se pusieron a almorzar. Con las aguas del Llushin hicieron aguado, *y se sirvieron luego sendos pedazos de* raspadura.

—¿Qué tal si cruzamos el río? Quizá allí esté la veta.

—A lo mejor es cierto.

—¡Quién sabe! Para mí que estamos muy alto.

Conversaron un momento, y luego de ponerse de acuerdo decidieron cruzar el río. Este era de unos cuatro a cinco metros de ancho, caudaloso y lleno de piedras.

—Hay que cruzar con cuidado, que si nos lleva la corriente no quedamos ni para el cuento.

—De verdad, con la cantidad de piedras que tiene.

—Y ahora que está más jorobao *que nunca.*

Tomaron de entre la montaña el árbol más alto que encontraron. Lo extendieron sobre el río en forma de puente. De uno a uno fueron pasando a la otra ribera. Una vez juntos continuaron el camino.

El día moría con agonía lenta. Las grandes copas de los árboles, abiertas como sombrillas, impedían el paso de los últimos rayos del sol.

—Mejor nos quedamos aquí la noche.

—Lo mismito creo yo.

—A armar el rancho, muchachos.

Trajeron chontas, mantaqueros *y* taguana. *Cuatro palos sirvieron de puntales, y otros tantos, cruzados y amarrados, formaron el caparazón del rancho. Cubrieron el techo con hojas de* palmito *y extendieron otras tantas por el suelo.*

La noche llegaba como ansiosa viajera. Los cocuyos *revoloteaban con sus encendidas linternas. La montaña lanzaba gritos histéricos. Los hombres prendieron una fogata para defenderse del* tigrillo pianguero *o de cualquier otro animal que podía ocasionarles daño en esas regiones.*

—Verá no más que regresamos sin nada.

—No dirá así. El patrón ha de creer que ni hemos venido y que nos hemos estado rascando la barriga.

—Y ahora sí que no aguanto—replicó Alzamora—. Donde comience a molestar la paciencia, estallo.

La conversación siguió por unos minutos más. Planearon la trayectoria que seguirían en el día, y se quedaron dormidos.

* * *

Los árboles se inclinaron reverentes saludando al nuevo día. Era un amanecer color de virgen y sabor de dicha cuando emprendieron la marcha.

Caminaron un gran trecho y no asomaba el menor indicio de cascarilla. ¿Acaso la cinchona se mostraba huraña con ellos? No, así mismo era ella siempre. Había que tener paciencia.

Un grito de júbilo se arrancó de la garganta de un peón cuando divisó en la maleza un cascarillo escondido.

Corrieron hacia él. Presurosos, como animales que encuentran su presa, se lanzaron hacia el árbol.

—Continúen buscando por aquí mientras yo me encargo de éste—dijo el descubridor.

La operación de la extracción de la corteza no es cosa difícil. Con un machete afilado se principia a desnudar el árbol. Hay que tener un poco de pericia en el corte, porque, de lo contrario, se dejaría al árbol inepto para retoñar.

Cada uno de los hombres había encontrado un árbol y hecho la misma cosa: sacar la corteza, meterla en un costal e iniciar el regreso. Un día y medio se demoraron en retornar al campamento después de un penoso caminar. Una fuerte tempestad los sorprendió en el camino. El cuchirravo *había hecho presa de ellos, pues por no resbalar por los barrancos que presentan las cuchillas se agarraban a él, perforando las espinas sus manos.*

Las dantas *y otros animales se les habían cruzado en el camino. Desgraciadamente no podían cazarlos, pues la carga que llevaban era demasiada para ejercitar otra actividad que no fuera el caminar autómata.*

Una vez en el campamento iniciaron la pesada.

La romana iba marcando la carga. Un quintal, noventa, ochenta libras.

¡Qué felicidad hubiera sido que se les pagara de acuerdo con este peso! Mas había que descontar lo que mermaba con la secada, de suerte que ellos no recibían casi nada.

Uno, dos, tres días de camino para ganar una miseria. Uno, dos, tres días de sufrimiento y nada de retribución. ¿Qué hacer? ¿Protestar acaso? Pero ¿cómo? El blanco era fuerte, pues tenía a todas las autoridades de su lado. No les quedaba sino un camino: callar y seguir trabajando. Para eso eran cutumbos, *como dirían los negros, y a los* gallos runas *no se los toma en cuenta.*

Silenciosos, como una caravana de creyentes que se dirigen al templo de su Redentor, fueron hacia la casa del campamento.

Esperarían, como siempre, la llegada del nuevo día para continuar trabajando.

La montaña parecía que lloraba la injusticia.

El viento soplaba enfurecido.

Hugo Muñoz García.
Sainz de Baranda, 73.
MADRID.